



Dios –y los sacerdotes también– camina con Su pueblo

Este año, con el lema «Dios camina con Su pueblo», los presbíteros en los presbiterios y los seminaristas en los seminarios hemos de tomar conciencia que esta experiencia de caminar con otro, de raíces bíblicas, tiene sentido y es de plena actualidad.

Juan Carlos Mateos González

Director del Secretariado de la Comisión para el Clero y Seminarios

¡En cuántas comunidades nuestras —y los presbíteros somos testigos en primera línea—, se puede ver y palpar cómo Dios camina con nosotros, está con nosotros, con todos, también

con las personas migradas que se incorporan a nuestra vida social, parroquial y comunitaria! De hecho, ¿no contamos ya con presbíteros o seminaristas venidos de otros países al servicio de



nuestras comunidades? ¿No somos cada vez más en todas partes presbiterios y seminarios donde la diversidad cultural y el rostro de la catolicidad se hacen presentes?

Los sacerdotes y los seminaristas que —sobre todo en la etapa discipular se acercan a diversas formas de pastoral social— nos relacionamos con personas migradas... vemos cómo son tocados en lo profundo por una honda experiencia humana y espiritual, en la que son ellos los que nos enseñan con tantos ejemplos de fe, que quieren trabajar por su propio desarrollo. Para nosotros son un testimonio constante de cómo no hemos de «cansarnos de hacer el bien» (Gal 6,9); son un acicate que nos ayuda a reaccionar frente a nuestros desánimos, que provienen de nuestro estilo de vida individualista, a veces con poco fervor ... o, como dice el papa Francisco, vivido con una cierta «mundanidad espiritual» (EG 98).

Para evitar que los sacerdotes y seminaristas quedemos atrapados en el bucle del desánimo, nuestro «programa» consiste siempre en volver a Jesús, para que nuestra actividad pastoral adquiera pleno sentido, y podamos vivir más enraizados en el Señor y en la alegría de la fe. A la pregunta: ¿dónde podemos los presbíteros y seminaristas aprender a mirar con el corazón? La respuesta no puede ser otra: en el Evangelio. Por eso, delante de Jesús, conviene hacernos una y otra vez la pregunta: «Señor, ¿cuándo te vimos?» (Mt 25,37-44). Que toda nuestra actividad pastoral como presbíteros pueda ir respondiendo a esta pregunta.

En nuestra vida de presbíteros —y esto comienza ya en el seminario— es necesario volver siempre a Jesús, cuidar la experiencia de Dios, vivir una espiritualidad que nos sostenga, una mística que genere un nuevo estilo de vida y una relación con Dios que nos lleve a caminar con Su pueblo. Sabemos que una espiritualidad que no lleve a la compasión/hospitalidad no es cristiana, será un sucedáneo. La compasión busca el bien de todos, es inclusiva con los invisibles, sabe mirar, sabe escuchar, dar voz, cuidar, proteger y salir a buscar lo que tantos dan por perdido. La compasión trata de llegar a los corazones de todos para llevarlos a Jesús.

Para ello, sacerdotes y seminaristas, en la pastoral con migrantes necesitamos, mediante la hospitalidad, ver en ellos el rostro de Dios, pues en sus vidas y en sus corazones está Dios, padre de todos (Mt 25,43-45). «Es importante que la catequesis y la predicación incluyan de modo más directo y claro el sentido social de la existencia, la dimensión fraterna de la espiritualidad, la convicción sobre la inalienable dignidad de cada persona y las motivaciones para amar y acoger a todos» (FT 86).

Los sacerdotes/seminaristas hemos de cuidar mucho la fraternidad sacerdotal, el testimonio de acogida mutua, de integración de las diferencias, que no siempre es fácil; solo así podemos mostrar la maternidad de la Iglesia. Lo que proponemos para los otros lo debemos interiorizar y vivir primero nosotros, en ocasiones con ayuda. Para conformar presbiterios y comunidades de puertas abiertas, donde se valore la relación personal, donde a cada uno se le mire a los ojos, se le escuche, hemos de conocer lo que sucede en la vida cotidiana de las personas. Dios sigue suscitando la fraternidad, el deseo de hacer el bien, la búsqueda de la verdad, la promoción de la justicia y la propuesta de una vida en belleza.

A los sacerdotes nos toca ser «creativos» a la hora de crear entre nosotros y con el pueblo de Dios espacios de encuentro y de oración, para ir generando un nuevo estilo pastoral, que pueda ser atractivo para todos (cf. EG 74), creyentes y no creyentes. No podemos seguir manteniendo una pastoral de mantenimiento, meramente sacramental. Se nos lleva insistiendo durante mucho tiempo en que salgamos de nuestras zonas de confort para ir a los foros donde se promueve la cultura de la vida; es de vital importancia atender y cuidar las periferias existenciales, en actitud de escucha y diálogo, dado que en nuestras comunidades —y en la sociedad en general—, cada vez son menos frecuentes los espacios de pluralismo y de diálogo entre diferentes. Y esta circunstancia no deja de empobrecer la convivencia.

